

La aventura demorada de Elisa Mújica

Julia Escobar Villegas

*La santa carmelita se
había convertido para mí
en uno de mis personajes
entrañables, como
únicamente son aquellos
a quienes veneramos
por su superioridad
incuestionable, pero
en los que a la vez
presentimos una secreta
e increíble afinidad.*

Elisa Mújica

Tres viajes aparecen especialmente importantes en la vida de Elisa Mújica: uno en Colombia, otro en Ecuador y el siguiente en España.

El primer viaje fue la mudanza de Bucaramanga a Bogotá en los años veinte, cuando todavía era una niña. En la capital se nutrió del teatro, del cine, de las librerías. Allí también comenzó a trabajar siendo apenas una adolescente, a consecuencia de la muerte de su padre. Lo que le brindó Bogotá fue el terreno fértil donde se construyó a sí misma. A esto, por cierto, ella respondió con generosidad. Amó a Bogotá como segunda ciudad natal, convirtiéndola en uno de los soles de su obra, alrededor del cual giran, por ejemplo, la novela *Bogotá de las nubes*; el ensayo, los cuentos y la guía histórica sobre La Candelaria, y una reconocida edición crítica de *Reminiscencias de Santafé de Bogotá* de José María Cordovez Moure.

El segundo viaje fue a Ecuador en los años cuarenta, al integrarse a la Embajada colombiana en Quito. La carrera que forjaba como secretaria tenía antecedentes en el Ministerio de Comunicaciones y en la oficina de Carlos Lleras Restrepo. A partir de este viaje, su escritura comenzó a concretarse, apareciendo, al final de aquella década, las primeras publicaciones: el cuento “Tarde de visita” en *El Liberal*, el ensayo *El Indio en América: síntesis de obras*



Foto: El Tiempo.

americanas sobre el problema indígena y la novela *Los dos tiempos*. Esta obra temprana, donde late una preocupación de tipo social, refleja el impacto que tuvieron para Elisa Mújica el descubrimiento del vecino país y el diálogo que sostuvo con sus intelectuales, volviéndose afín al comunismo.

El tercer viaje fue a España en los años cincuenta, para desempeñarse como corresponsal. Ya había empezado a escribir en diferentes medios colombianos, oficio que continuó ejerciendo durante varias décadas. Sumergiéndose en el ambiente cultural de Madrid como hiciera en los de Bogotá y Quito, tuvo la oportunidad de relacionarse con algunos de los más ilustres escritores españoles de la época, muchos de ellos pertenecientes a las llamadas Generación del 98 y Generación del 27. Por ejemplo, se sabe que conoció a Pío Baroja y a Azorín, y el trabajo fotográfico de Rafael Baena que acompaña la semblanza de Elisa Mújica escrita por

Nelly Rocío Amaya Méndez la muestra en compañía de Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre, también de Camilo José Cela.

En España, además de realizar su trabajo periodístico y de establecer importantes contactos entre los círculos literarios madrileños, Elisa Mújica publicó el primero de sus libros de cuentos, *Ángela y el diablo*. La Editorial Aguilar lo acogió, así como la edición crítica de la obra de Cordovez Moure e incluso su segunda novela, *Catalina*, distinguida por el Premio Esso en 1962. Elisa Mújica continuó cultivando el género del cuento, dejando asimismo un legado valioso en el campo de la literatura infantil; por ejemplo, a los niños contó la Expedición Botánica de José Celestino Mutis. Su disertación al ingresar a la Academia Colombiana de la Lengua en 1984 como miembro de número —primera mujer en obtener este puesto en aquella institución—, trató sobre las raíces del cuento popular en Colombia. Tan solo días después, se convirtió en miembro correspondiente hispanoamericano de la Real Academia Española.

Ahora bien, si el período en Ecuador impulsó a que Elisa Mújica se inaugurara como escritora y abrazara el marxismo, la estancia en España enriqueció y marcó profundamente, y para siempre, no solo su carrera literaria, sino también su pensamiento. De cierto modo, la delicadeza del gesto con que cambió su apellido de palabra grave a esdrújula está presente en su paso de marxista a católica. Hay quien observó en ese detalle musical un signo de aquella transformación íntima.

En el último capítulo de su ensayo *La aventura demorada*,¹ Elisa Mújica relata minuciosamente esa conversión, o bien, ese intenso proceso de reflexión, basándose tanto en sus propias experiencias y visiones como filocomunista como en numerosas lecturas literarias y filosóficas. Deslumbrada con los místicos españoles, San Juan de la Cruz y, ante todo, Santa Teresa de Jesús, encontró allí la fuente de exploración espiritual de la que tanta sed tenía y la cual no abandonó jamás. Su agua, luz y profundidad la acompañaron el resto de sus días.

Aparte de los artículos, los cuentos, la edición crítica y la novela, de aquel tercer viaje germinó entonces *La aventura demorada*, un espléndido ensayo sobre Teresa de Ávila, así como una bellísima radiografía intelectual y espiritual de Elisa Mújica, escrita hacia la mitad de su vida. A principios de los años ochenta, una nueva versión de este libro se editó en Colombia, *Introducción a Santa Teresa de Jesús*, preparada íntegramente por la misma Elisa Mújica, en la que incluyó un prólogo y una síntesis comentada de *El castillo interior o Las moradas* de la monja carmelita. Esta segunda edición es interesante porque muestra en qué medida las inquietudes e intuiciones de aquel ensayo primero seguían presentes muchos años después en el pensamiento de la escritora bumanguesa y bogotana.

Una década más tarde, salió a la luz su libro sobre Sor Francisca Josefa de Castillo, la mística y escritora neogranadina. Este estudio introductorio y antología de textos de la monja clarisa de Tunja, que brilla en la constelación de los clásicos colombianos, consolidó otro aspecto del carácter polifacético de Elisa Mújica — el didáctico— y ahondó en uno de los asuntos fascinantes de su obra: la relación entre mística y literatura. Justamente, el paralelo entre mística y arte atraviesa el ensayo *La aventura demorada*. Elisa Mújica señala

1. Dedicado a Teresa Santamaría de González, sobre quien Daniela Gómez Saldarriaga escribió hace pocos años el libro *Cómo te olvidan*.

como algo fundamental que en ambos ocurre la conversión del propio yo en otro o la creación de otro. Por vía contemplativa o por vía artística, lo que acontece es una transformación del ser.

Respecto a la etapa de aprendizaje, cuando analiza las lecturas juiciosas que la avilense realizó —por ejemplo, la obra de Francisco de Osuna—, Elisa Mújica comen-

Las crisis son otro punto en común. La más destacada por Elisa Mújica es aquel momento donde ya se ha logrado algo, pero pensar en continuar a bruma.

ta: “Del mismo modo que un joven poeta procura absorber el estilo de su autor favorito y dominar sus recursos, le pasaba a ella en su afán de asimilar las enseñanzas de su nuevo amigo” (24-25). Como los escritores, la mística española dialogó con una tradición, con personajes afines que la precedieron, antes de proponerse crear algo distinto, forjando su propio lenguaje, su característico estilo literario.

Las crisis son otro punto en común. La más destacada por Elisa Mújica es aquel momento donde ya se ha logrado algo, pero pensar en continuar a bruma. Quizás se han establecido las bases de la empresa con mucho esfuerzo, y la conciencia contundente de la dificultad de lo que sigue, de la cantidad de trabajo que implica día a día, aturde e incluso inmoviliza. A propósito, Elisa Mújica escribe:

En esta época, que abarca de sus 23 a sus 42 años, Santa Teresa se parece a uno de estos artistas que, adormecidos por un triunfo inicial, prefieren descuidarse y abandonar la lucha. Pero, si para quienes han emprendido la carrera del arte y se detienen, ningún sucedáneo logra compensarlos efectivamente de su

frustración, en los que han subido los primeros escalones de la santidad y le vuelven la espalda debe ser pavorosa la catástrofe. A la monja carmelita le originó un conflicto psicológico. Por un lado, había forjado una imagen de ella misma a la que tendía a aproximarse, como hacemos todos con lo que constituye nuestra vocación. Por otro, aplazaba cada día, cada semana y cada año, ponerse a la obra. Eso la llenaba de remordimientos. No tenía paz, pese a las disculpas que se daba para tranquilizarse. (p.29)

Sin embargo, la zozobra no es exclusiva de la etapa inicial. Una vez se rompe la inercia, no hay descanso ni garantía de éxito. Elisa Mújica menciona cómo Teresa de Ávila, incluso en un mismo día, podía pasar de la luz a las tinieblas. El místico, al igual que el artístico, se vislumbra como un arduo camino que mientras más se recorre, más se alarga, quedando solo la promesa de nuevos paisajes en el horizonte. Continúa entonces la lucha de la persona con su propia vocación, la cual José Ortega y Gasset consideraba de un interés mayor que el de su lucha con el mundo. De acuerdo con Elisa Mújica, el tesón y la autocrítica caracterizan este conflicto interior:

Igual que un gran artista que al realizar su obra pasa por angustias, dudas, disminuciones de confianza, retrocesos y conquistas, les sucede a los religiosos contemplativos. Su tarea es de creación también y necesitan una tensa y enorme continuidad en el esfuerzo. Hay instantes en que no saben si se han dejado engañar por una inspiración falsa y otros en que sufren por no aprovechar bien el material precioso adivinado a su alcance. Como el verdadero artista, renuncian a los efectos fáciles. Huyen del orgullo como del peor enemigo. (p.129-130)

A los resultados, Elisa Mújica los considera un don, de modo que no basta el empeño si no son concedidos: “Aun a riesgo de abusar de los símiles del arte y el amor profanos vemos que estos tampoco dependen de nosotros. Nos es posible ejercitarnos en una disciplina, pero sigue fuera de nuestro alcance enamorarnos o ser artistas” (p.31). En Teresa de Ávila, percibe que estos privilegios no son motivo de orgullo; por el contrario, son asumidos con humildad:

Santa Teresa temía los elogios como si fueran la voz de la serpiente... únicamente se es un medio, una especie de espejo en el que se refleja la divinidad con el objeto de hacerla perceptible a quienes, de otro modo, nunca la percibirían. (p.35-36)

Es como si le hubiera sido confiado un inmenso jardín para descubrir y cultivar. El esplendor cosechado es tanto para ella como para los demás. Elisa Mújica subraya la fe de Teresa de Ávila en sus escritos, a saber, en su utilidad o servicio. Oraba y escribía, poniendo todo su ahínco en revelar lo que a su vez le era revelado. Elisa Mújica apunta al respecto que “su actitud frente a lo divino se basa en la comunión que implica comunicación” (“Introducción a Santa Teresa”, p.10).

Estas observaciones de Elisa Mújica, además de delinear el magnífico carácter de uno de los personajes sobresalientes tanto de la Iglesia católica como del Siglo de Oro español, dejan traslucir sus propias inquietudes sobre el arte; específicamente, sobre la vocación literaria. Como escritora, puede considerarse que sus apuntes sobre el arte corresponden a las reflexiones que mantenía como artista. Quizás sea significativo que haya escrito *La aventura demorada* durante uno de los períodos más cruciales para su pensamiento y más prolíficos para su obra en varios géneros.

Sobre la escritura mística propiamente, a Elisa Mújica la maravillaba la inquietante constancia de lo inefable en los textos de la Madre Castillo que, de acuerdo con ella, es inigualable en el ámbito de la literatura mística española (“Sor Francisca Josefa de Castillo”, 30), y cómo el lenguaje de Santa Teresa “abre de golpe la puerta sobre el misterio” (“La aventura demorada”, 36). Estudió con rigor y, a la vez, con la alegría producida por un buen vino, la escritura de ambas, sobre todo la de Santa Teresa. A su análisis le subyacía una pregunta clave de Aldous Huxley: “¿Cómo podían describir los místicos fenómenos enteramente distintos de la existencia conocida, en un lenguaje inventado para pintar esta?”.

Ahí reside el prodigio de la santa carmelita a ojos de Elisa Mújica: en haber comunicado su vida contemplativa, en haber abierto una puerta hacia el corazón de la mística. De su estilo, por ejemplo, Elisa Mújica resalta la pasión con la que

Santa Teresa rastreaba en lo visible la huella dejada por lo invisible (“La aventura demorada”, p.98). Esto responde a su amor por lo concreto o, dicho de otro modo, a “su horror a las generalizaciones, como si estuviera convencida de que son los detalles contados por los viajeros los que dan idea de los países visitados por ellos” (“La aventura demorada”, p.95).

Elisa Mújica no pasó por alto que mientras Teresa de Jesús narraba su viaje místico, compatriotas suyos relataban exploraciones muy lejos de España. Ninguno de los territorios, sean interiores o anclados al mundo, tenía menos belleza y misterio. Tampoco ahora, en los textos que los describen y que así permiten visitarlos, son menos asombrosos.

A menudo, en sus páginas sobre Santa Teresa, Elisa Mújica insiste en que, por más fascinación que produzca la lectura de los místicos, leerlos por curiosidad intelectual o placer estético no basta para comprenderlos verdaderamente; es menester que el lector tenga la firme voluntad de unirse con lo divino. Su ejemplo por excelencia es el de un alumno que se propone aprender un idioma, y que solo lo logrará si estudia a conciencia el libro de texto, practicando y ejercitándose lección a lección.

Al menos una de las recompensas de sumergirse a fondo en la obra teresiana, según Elisa Mújica, es aliviar el miedo a la muerte. De hecho, el interés de Teresa de Ávila en la muerte radica no solo en la certeza de su unión con Dios, sino en “su convencimiento consolador de que la muerte del cuerpo no separa a quienes se aman, que en el más allá vuelven a encontrarse y reconocerse” (“La aventura demorada”, p.70). Esta fue una de las cosas que ganó el corazón de la colombiana, quien en su búsqueda espiritual ansiaba un amor que la uniera con sus seres queridos para siempre. La dicha de esa confianza debe ser, ciertamente, muy grande.

Tal vez uno de los más bellos privilegios de Santa Teresa de Jesús haya sido haber amado ambas cosas, la muerte y también la vida. Reveladores son los numerosos detalles que transmite Elisa Mújica sobre la vida diaria de la mística y escritora española: el sentido del humor, incluso para burlarse de sí misma; el gusto por la comida, el gozo con la naturaleza o el profundo amor por sus amigos. A la luz de esto, cobra un valor especial la descripción de su partida:

La antigua enamorada de la muerte no manifestó externamente su alegría al hallarse frente a frente con esta... en el instante del encuentro guardó silencio. Es que el minuto de esta antesala no puede parecerse a ningún otro. El país que se ha suspirado largamente por abandonar debe destacarse de repente a los ojos con todo su valor tremendo. (“La aventura demorada”, p.122)

Al largo camino espiritual y literario de Teresa de Ávila, Elisa Mújica lo denominó “la aventura demorada”. Escribiendo con gran admiración y gratitud sobre el viaje de la santa española, la autora colombiana escribió, tanto de forma directa como entre líneas, el suyo propio, íntimamente tocado por el de ella. Habría de culminar en Bogotá en 2003, habiendo iniciado en Bucaramanga en 1918, hace ya un siglo. 

Referencias

- Mújica, E. (1965). *La aventura demorada*. Bogotá: Presencia.
- Mújica, E. (1980). Un ensayo de Elisa Mújica: Santa Teresa. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, 17(1), p.81-125.
- Mújica, E. (1981). *Introducción a Santa Teresa*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Mújica, E. (1991). *Sor Francisca Josefa de Castillo*. Bogotá: Procultura.

Julia Escobar Villegas

(Colombia)

Graduada en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Profesora de español y estudiante de doctorado en el Departamento de Literatura y Lenguas Romances de la Universidad de Cincinnati, en Estados Unidos.

